

Francisco Jarauta: “El estudio vacío”

Catálogo de la exposición *Alfonso Albacete*, Galería
Maeght, Barcelona, marzo-abril 1993, p. 3.

Documentación complementaria de la exposición [Alfonso Albacete: Asuntos
internos](#) (Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, 15 febrero / 30 marzo 2014)

EL ESTUDIO VACÍO

Una inequívoca voluntad domina el trabajo del arte, cuando ya el artista se sabe lejano de aquella ilusión dominada por poderosas transparencias. Ni siquiera el delirio de su pérdida, traspuesto en las figuraciones expresionistas, tiene cabida ahora en el espacio vacío del cuadro.

Por una parte, el sistema del mundo; por otra, la red del lenguaje. Éste, ya sólo cifra, ilumina la ausencia y se constituye él mismo en silencioso lugar. Sólo nos queda escribir o pintar desde el oleaje de las palabras mudas, suspendidas en el gesto de lo provisional, hechas código secreto de lo otro. Todo se hace rastro, sombra/luz, pintura que más que color quiere ser signo de las cosas.

Es la luz la que hace posible la presencia, el revelarse y darse de lo dado. Es la luz la que hace surgir del umbral intransitable ese orden infinito y discreto que llamamos mundo. Y, ya presentes las cosas, es la luz la que no sólo revela, sino que también configura y decide la forma de la presencia. No sabemos si es que la luz no es igual a sí misma o si su mostrarse conlleva la variación y el libre juego de la intensidad. De ésta depende la suerte de esa infinita galería del mundo, cuyo rostro se nos da en la mediación necesaria del color.

Diríase que es la experiencia de esta relación la que en última instancia constituye la materia del ejercicio plástico que Alfonso Albacete nos propone. En él se encuentran una insistida reflexión sobre la materia misma de la pintura junto con una óptica interior que constituye la mirada del pintor. Media entre una y otra esa profunda metamorfosis de su alma, que recorre ahora, desde una nueva instancia crítica, las condiciones de la composi-

ción. Unas veces, todo se orienta en el sentido de una pensada construcción; otras, todo se precipita hacia el silencio de los blancos y las descomposiciones formales. Y en el viaje, entre representación y abstracción, la obra deviene la escena de un difícil nomadismo. Una línea impide el regreso y la extraña presencia

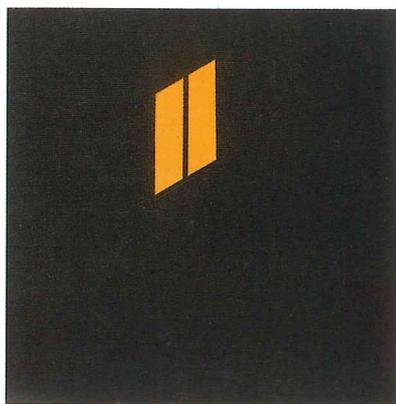
—naturaleza muerta o repetición— adquiere ahora dimensiones fantasmales. No importa resolver la tensión de lo imaginario contra lo real; trátase de otro orden, otra lógica, otro argumento.

Parecería que lo importante ahora ya no es la presentación del objeto por medio de la imagen, sino la representación de las condi-

ciones objetivas de la superficie del cuadro. El principio de la pintura coincide de nuevo con esa ausencia absoluta en la que toda presencia puede darse. Esto implica cuestionarse aquella simetría, con la que nos hemos acostumbrado a pensar, del lenguaje y del mundo, alimentada por la farmacia platónica.

La renuncia a este feliz juego de espejos hace posible un nuevo espacio, casi mallarmiano, y que constituye la cita última de una pintura que ha descubierto el río que arrastra y desvanece el mundo.

FRANCISCO JARAUTA



3a